

La región caribeña, una región geográfica recurrente en desastres naturales en la que el hombre y su desarrollo han aumentado significativamente su impacto.

La necesidad de la prevención a nivel comunitario

Geog. Douglas Salgado D.
Comision Nacl. de Emergencia

El Caribe, una de las regiones de abundante riqueza histórica, cultural y ecológica de nuestro país se ha caracterizado por su relativa recurrencia en desastres naturales, especialmente inundaciones y recientemente por las fuertes liberaciones de energía originada por los esfuerzos internos de la corteza terrestre asociados a la dinámica de la tectónica de placas, constituyendo la mayor liberación la del terremoto del 22 de abril de 1991, y de cuyo impacto apenas comienza a recuperarse.

Los desastres subitos como los sísmicos han demostrado debilidades en los aspectos de construcción y de gran parte de las infraestructuras vitales, evidenciando la necesidad urgente de revisar y readecuar los diseños de obras a las condiciones de suelos de la región. Sin embargo, corresponde a las inundaciones la responsabilidad del mayor impacto crónico en la región, y como corolario una afección a los sectores de población de menos recursos.

En las últimas décadas amplios sectores de inundación han sido el denominador común, sectores como el Telire-Sixola, Valle de la Estrella, Bribri, Bratsi, Daytonia, Shiroles, Matina, Estrada, Pacuare, Toro Amarillo, Envaco, Limoncito, Pueblo Nuevo, La Bomba, Peshurst, y un sinnúmero más, que recurrentemente son impactados directamente por los embates de la dinámica propia de los regímenes hidrográficos del Caribe.

El esquema explicativo del comportamiento continuado de la inundaciones en estas áreas, recae en la condiciones físico-geográficas predominantes, en efecto, la llanura caribeña es el sector que extensivamente recibe el mayor aporte de lluvias durante todo el año, además está asociado a disturbios climáticos relacionados con el desplazamiento de frentes fríos que con frecuencia se estacionan sobre centroamérica, aunado al hecho de ubicarse en frente de un complejo sistema de sierras y cordillera (sierras volcánicas Central y Guanacaste, cordillera de Talamanca), dando a la región caribeña la connotación de una "gran antesala de recepción" de los principales flujos alisios del noreste, portadores de gran humedad, así como de otros de

fenómenos meteorológicos originados en las cercanías del mar Caribe o provenientes del norte del continente, tales como centros de baja presión, vaguada, anomalías locales, etc.. No menos influyente resulta la presencia de la gran llanura aluvial forjada por la gran cantidad de drenajes que bajan del complejo montaño - volcánico y que, en muchos casos recorren en cortas distancias diferencias de altitud significativas (desnivel altimétrico de los valles de los ríos), estas condiciones, en cierta forma, comprenden los macroelementos principales para entender la dinámica fluvial de los principales ríos que se caracterizan por contar con un alto potencial a desbordarse, especialmente en condiciones de "mal tiempo" como temporales o aguaceros intensos.

Hoy en día, la problemática de las inundaciones en el Caribe se está enfrentando en forma diferente, y al menos existe una mayor preocupación por parte del Estado al establecer acciones contra emergencias de este tipo, empero, hacen falta las gestiones que contrarresten efectivamente el impacto de este fenómeno cíclico, de por sí inherente al Caribe, además porque los recursos en este rubro resultan insuficientes. Sin duda alguna, una opción viable para mitigar las secuelas de este fenómeno generalizado en toda la región, lo sería una verdadera planificación del territorio en todas sus dimensiones, no obstante que ésta a su vez representa un reto de enormes proporciones, no solo porque se deben sopesar factores como la voluntad de las comunidades y la de sus individuos, quienes han desarrollado su vida económica, cultural e histórica en conjunción con las arbitrariedades de la naturaleza, sino también porque los planes deben ser integrales y garantizar fuentes de empleo, mejor distribución de ingresos, nuevas áreas productivas, crecimiento físico de los asentamientos humanos, etc., sin menoscabo de la gran riqueza ecológica existente, evitando ser seducidos solamente por la óptica del planeamiento infraestructural.

Aparejado a la necesidad de un planeamiento integral en la que no solo intervienen las instituciones estatales sino privadas y diversos sectores, debe asumirse un compromiso formal por parte de cada ciudadano con su ambiente, aunque la mayoría globalmente conoce el problema en su génesis, difícilmente entienden que la fuerza del impacto reside en el grado en las comunidades, cada individuo distorsiona la naturaleza. Preocupante resulta el hecho de que la mayoría de los asentamientos humanos se ubican en las áreas de desborde de los ríos y que su crecimiento tiende a densificarse dentro de tales, al igual que las actividades productivas sin ningún tipo de control y planificación, como la industria maderera extractiva, agropecuaria, etc., con una tendencia a deteriorar las cuencas hidrográficas en su partes medias y superiores desmantelando extensas coberturas boscosas, así como al raleo intensivo y del

predominio de malas prácticas agrícolas que degradan y aumentan las pérdidas de suelos por erosión, consecuentemente modificaciones en los niveles de infiltrabilidad y escurrimiento superficial.

A pesar de que hemos experimentado con relativa frecuencia el embate de las inundaciones, aun no hemos conceptualizado un verdadero frente preventivo, tal vez porque aun prevalece en nuestras mentes el sentido paternalista, en la que el Estado es la panacea a todos los problemas del desarrollo. Si en principio consideramos que la **prevención ante desastres** corresponden a aquellas acciones que son tomadas antes de un evento crítico, sea cual fuere su naturaleza, con el unico fin de controlar y /o mitigar su impacto, y así tratar de disminuir los perjuicios o daños esperados, encontraríamos que en la base de esta filosofía descansan las comunidades y sus individuos en quienes necesariamente se perfilaria los frentes comunes para la prevención contra desastres, dichosamente el país comienza a acumular experiencia en este nuevo tratamiento de los desastres, precisamente en localidades que han estado inmersas regularmente en situaciones de desastres y que han encontrado en la autogestión de sus grupos de emergencias formas prácticas para resolver las diversas problemáticas que se presentan.

En primera instancia, la organización comunitaria constituye la base más sólida para enfrentar las catastrofes, mientras que conformarían ingredientes fundamentales el conocimiento de las amenazas potenciales de la región, esto conllevaría a una mayor responsabilidad de los organismos estatales y no gubernamentales a la investigación y evaluación del ambiente en el mediano y largo plazo, y así de ajustar adecuadamente las actividades de la sociedad a las características propias del entorno.

No obstante, la medicina preventiva actual de mayor efectividad, es la preparación comunitaria en todos los niveles, siendo el principal núcleo la familia y el vecindario, mediante la conformación de comités de emergencia aglutinados por interés y voluntad propia, que pueden contar con el apoyo y asesoría de otros comites o de organismos que cuentan en su haber con una basta experiencia en el campo de los desastres, y que colaborarían en aspectos de organización, educación y capacitación.

Finalizo afirmando, que aun no esta al alcance, ni ésta su meta primordial, el hecho de que las comunidades o el hombre en sí, traten de controlar la totalidad de las manifestaciones de la naturaleza, sino por el contrario, entenderlas para lograr una interpretación de su dinámica y de esta manera planificar nuestras actividades y a la vez, obtener un aprovechamiento y beneficio antes que un incansable esfuerzo por tratar de impedir las.